

Reseña del libro de Noemí María Girbal-Blacha y Beatriz Inés Moreyra, Producción de conocimiento y transferencia en las ciencias sociales. Buenos Aires, Imago Mundi, 2011.

José Martín Bageneta

CONICET/ Centro de Estudios
de la Argentina Rural (CEA- UNQ)

Las ciencias sociales y humanas entablan un diálogo permanente con su contexto de producción, forman un cuerpo de conocimientos críticos acerca de la realidad social y aportan a las decisiones y acciones que intervienen en la sociedad con herramientas analíticas para su abordaje.

En última instancia la pregunta ¿Ciencias Sociales para qué? parece ser la guía del desarrollo del libro compilado por Noemí María Girbal-Blacha y Beatriz Inés Moreyra. Parten del debate con la cosmovisión tecnocrática según la cual no se podría pensar las repercusiones del quehacer de los científicos sociales, contrariamente a lo que sucede con las ciencias “duras” y su “transferencia”. En este sentido el libro realiza una apuesta por saldar esa perspectiva y afirmar el valor de la innovación y puesta en práctica de los aportes disciplinares de las Humanidades y las Ciencias Sociales como insumos para elaborar políticas públicas. En el marco de esta propuesta epistemológica, cruzada por las tensiones propias del entramado de relaciones sociales entre poder y saber, se considera que *“no es posible creer en la existencia de medios científicos neutros”* (p. 4).

La historiadora brasileña Sonia Regina de Mendonça realiza un importante aporte a los estudios comparados de América Latina en el capítulo *“Capitalismo, agricultura y*

políticas públicas en el siglo XX: cuestiones teóricas y aspectos históricos”. Analiza rupturas a partir de los rasgos comunes de Brasil y Argentina, que mantienen desde su consolidación de estado-nación “*la duradera victoria de los grupos de interés agrario y agroindustriales*” (p. 19). El capitalismo autoritario, desde la perspectiva gramsciana, es la categoría de base que utiliza la autora y que le permite hilvanar las condiciones económicas que se mantienen a partir de la preponderancia de la instancia política.

Por su parte, Noemí María Girbal-Blacha lleva a cabo un análisis crítico sobre los momentos que atravesó en su evolución la historia agraria regional en el capítulo referido a “*La historia regional argentina y los desafíos del Bicentenario (1810-2010)*”. Recoge, de manera ordenada y con mirada crítica, trabajos previos que abordaron dicha materia para arribar a los desafíos actuales de este campo disciplinar. La historia agraria regional, luego de atravesar concepciones físicas del espacio, comienza a considerar el territorio (de manera preponderante en la actualidad) como “*una construcción social de apropiación*” (p. 50). Por lo tanto, se piensa como un espacio confrontativo de prácticas productivas y sentidos. El agro actual, con sus desigualdades sociales estructurales, resulta para la autora un objeto complejo. En este sentido apela a la apuesta teórico metodológica que sitúa en un primer lugar a los estudios singulares, que son “*capaces de recrear la intersección entre la micro y la macro historia*” (p. 50). Finalmente, la autora considera el desafío común a las Ciencias Sociales y Humanas de poder dotar con diagnósticos sustentables, que revisen continuidades y rupturas, a un mundo globalizado que complejiza el tipo de información que requiere la gobernanza y que sin dudas es una forma precisa de concretar la transferencia de los conocimientos producidos.

En “*Historia ambiental: nuevas miradas y perspectivas en la historiografía argentina*” Adrián Zarrilli traza un claro recorrido por los hitos de este campo de la historia, aportando -de manera pedagógica- elementos fundantes que lo definen y legitiman. En este sentido el autor, en contraste con concepciones antropocéntricas de la historia, recompone la consideración de la historia como “*el resultado de un proceso de coevolución entre el hombre y el medio ambiente*” (p. 54). Recoge aportes de otros

autores de la especialidad que encuentran dos grandes perspectivas en el pensamiento ecológico hasta la actualidad: uno considera una relación armónica entre hombre y naturaleza; mientras que, por otra parte, se apela a una concepción “imperialista”, en cuyo seno se encuentra un vínculo instrumental con la biósfera. Zarrilli considera los estudios histórico-ambientales en la Argentina remontándose a los tiempos de Domingo Faustino Sarmiento y su mito del orden sobre la naturaleza, como manera de alcanzar el desarrollo económico y social. Luego analiza el contenido otorgado al campo desde estudios sobre regiones del país y, por último, vertientes de diferentes disciplinas que aportaron al crecimiento de la historia ambiental. Es interesante la apuesta del autor para que este campo sea capaz de aportar a los debates sobre desigualdad social y desarrollo económico del país.

Martha Ruffini presenta su trabajo “*Los territorios nacionales. Un nuevo actor político en la historiografía argentina*” como otra expresión de transferencia de las Ciencias Sociales. Realiza un aporte significativo para considerar dichos espacios a partir de la diada inclusión/exclusión con un ejercicio que polemiza con gran parte de la concepción reinante sobre la constitución del Estado-nación en la Argentina: ¿Puede éste considerarse establecido cuando hay territorios que, sistemáticamente, son marginados del ejercicio de la ciudadanía? “*La persistencia del formato territorial modifica la periodización vigente sobre el proceso de consolidación estatal, ya que no se puede considerar finalizada la consolidación del Estado argentino a finales del siglo XX*” (p. 78). La autora lleva a cabo un repaso por la producción historiográfica sobre los territorios nacionales y caracteriza las principales variables que han sido ventanas para entrar a la temática. Así ocurre con las relaciones entre gobierno nacional y funcionarios públicos, o los discursos estatales sobre estos espacios y sus continuidades y rupturas. Martha Ruffini subraya la importancia de esta línea de investigación para el presente dado que, al haber transitado diez gobernaciones por esta situación política hasta las elecciones de 1951, permite comprender las dinámicas económicas, sociales y políticas de las jóvenes provincias.

Los tres trabajos que concluyen esta obra colectiva conforman un cuerpo común de discusión en torno al campo de la historia social, registrando desde diversos centros del debate los cambios ocurridos en su interior, en particular la “reconceptualización” que se llevara a cabo en las últimas décadas, luego de las discusiones entre perspectivas epistemológicas confrontadas.

El título del capítulo que escriben María Belén Portelli y Franco Damián Reyna resulta una síntesis del contenido que articulan: “*Reflexiones sobre algunas tendencias y desafíos de la historia cultural reciente en la producción historiográfica argentina*”. Recorren los pasos por la contradicción inicial en la historiografía de este campo particular, entre la concepción de cultura en tanto sinónimo de prácticas eruditas y aquella concepción de la historia de las mentalidades de la revista *Annales*; para luego evaluar los desarrollos críticos posteriores. Al estructuralismo imperante en los años sesenta se le opuso un “giro cultural” que revalorizó una perspectiva antropológica de la mano de la relectura de Geertz y otros autores. Sin embargo Portelli y Reyna sopesan la incapacidad de la “nueva historia cultural” para forjar la unidad de enfoque que permitiera un nuevo paradigma hegemónico. También los autores presentan críticamente el abordaje de la microhistoria, que tenía como único elemento común la metodología de la reducción en la escala de observación.

En su trabajo “*La producción reciente en la historia social argentina. Grupos e identidades sociales en las revistas de historia.*” Fernando Remedi se propone analizar la historiografía reciente colocando la lupa sobre los elementos teórico-metodológicos. Realiza un interesante escrutinio hacia el interior de la historia, acerca de las mutaciones acaecidas en el campo de la historia y cómo las trayectorias individuales marcan el devenir de la disciplina. Advierte a partir de estas reflexiones la migración desde la historia social hacia otros campos como la historia cultural y la política, respondiendo a una dinámica idéntica que se profundiza a nivel internacional hacia un giro sociocultural. Reconoce, al igual que Portelli y Reyna, la reducción en la escala de estudio hacia una microhistoria como tendencia dominante. Finalmente, el autor señala como deuda del campo de la historia social el estudio de las transformaciones en las

identidades sociales de las últimas décadas, pero no deja de ponderar la transferencia de los resultados alcanzados a distintas áreas de la sociedad.

Beatriz Moreyra escribe el capítulo sobre *“La historia social en los albores del siglo XXI: innovaciones e identidades”*. El debate central que considera remite a los problemas identitarios que significaron para este campo de las ciencias sociales las fluctuaciones desde el estructuralismo al culturalismo. Este último momento es el que llevaría *“hacia un nuevo reduccionismo e incluso nihilismo en la práctica concreta de los investigadores”* (p. 167). El interesante aporte de Moreyra consiste en plantear una nueva síntesis de los recorridos del campo de la historia social, de manera de eludir los caminos extremos que hicieron desmembrar su identidad. Por estas razones plantea que *“para evitar la autonomización de lo cultural es necesario relacionar el sistema de las obras culturales con el sistema de las relaciones sociales en el cual se produce y funciona.”*(p. 169). Propone una agenda de desafíos para este recorrido de la nueva historia social: A) que los historiadores vuelvan a situar sus investigaciones en las estructuras de lo social, económico, político y cultural, entendiendo a esta última como un hilo más en el entramado societal. B) Revalorizar la capacidad explicativa del contexto y que los casos particulares se encuentren en diálogo con el marco social. C) Finalmente, un giro hacia la consideración de lo material, ante el ahínco puesto por las corrientes previas, en la sobredeterminación de lo textual.

A manera de síntesis puede destacarse que el aporte que realizan los/las autores/as acerca de los grandes desafíos que ocupan a las Ciencias Sociales y su capacidad de transferencia se encuentra en una trama que articula dos miradas complementarias y que atraviesan todos los capítulos: una perspectiva hacia afuera del gran campo disciplinario común a todos los autores, con otra mirada anclada en el propio proceso de cambio y discusión hacia adentro. De alguna manera la perspectiva acerca del rol de las Ciencias Sociales parte de una actitud ética de autocrítica disciplinar que permite pensar los cambios desde problemáticas concretas y como parte de la Ciencia en sus diversas manifestaciones.